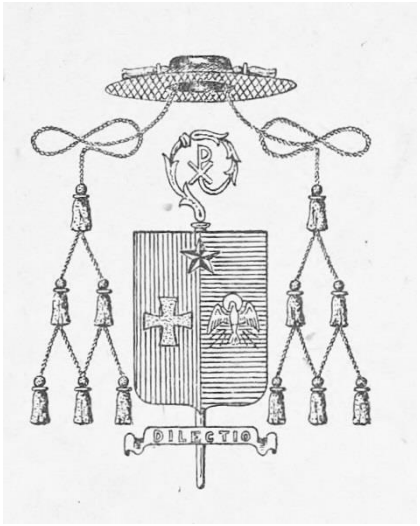
Mons. Adolfo Tórtolo
Arzobispo de Paraná

CARTA PASTORAL
SOBRE
LA CRECIENTE INMORALIDAD



www.traditio-op.org
frayguidocasilloop@gmail.com

TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PREDICATORUM

CARTA PASTORAL SOBRE LA CRECIENTE INMORALIDAD

Adolfo Tórtolo, por la gracia de Dios y de la
Santa Sede Apostólica, Arzobispo de Paraná.

La corrupción moral es el más duro y terrible flagelo que padece hoy toda la humanidad. Vivimos en un proceso de corrupción creciente, obra de nuestra infidelidad a Dios y a su Ley, Infidelidad de la que todos somos culpables.

¿Qué le espera mañana a nuestros hijos? Es la pregunta de muchos padres. ¿Qué le espera mañana a la humanidad? Es la pregunta de cualquier persona sensata que mira con objetividad este proceso.

¿Podemos permitir que la inmoralidad continúe y desborde hasta arrasar las últimas resistencias? Ni como hombres ni como cristianos podemos permitirlo. Quienes somos por voluntad de Dios Pastores de su Pueblo, menos aún.

Iniciada ya la Cuaresma —tiempo especial de conversión— y en-caminados a la Pascua —Misterio de la nueva vida en Cristo— esta Carta Pastoral quiere ser un Documento de meditación para todos, no para sucumbir al desaliento, sino para afrontar con de-cisión cristiana la obra de nuestra conversión personal y promoverla en nuestros hermanos. A un mundo en pecado debemos responder con un mundo en gracia.

I- En qué consiste la moral cristiana

Antes de analizar los hechos conviene preguntarnos en qué consiste la Moral y sobre todo en qué consiste la Moral cristiana. Damos una primera definición. La Moral consiste en el modo de actuar el hombre, de comportarse, de reaccionar desde el interior de su conciencia, según la recta razón y según la Ley de Dios. Entre la recta razón y la Ley de Dios no caben contradicciones.

¿Pero cómo le llega al hombre —al hombre concreto de ayer, de hoy y de mañana— esa Ley de Dios según la cual debe vivir y comportarse?

Tres hechos históricos le descubren al hombre la Ley de Dios, según la cual debe vivir y según la cual sus actos serán buenos o serán malos, morales o inmorales.

Primer hecho: la creación. AI crear Dios al hombre a su Imagen y semejanza le imprimió en la conciencia las grandes leyes o normas del vivir humano, que hasta el hombre de la selva descubre inscriptas dentro de sí mismo.

Segundo hecho: la promulgación del Decálogo en el Sinaí. El Decálogo, escrito sobre dos piedras por el mismo Dios, contiene los diez Mandamientos. Con estilo breve y categórico Dios hizo conocer su Ley, su Voluntad; Ley y Voluntad que reflejan el orden eterno en que vive el mismo Dios.

Los diez Mandamientos deben ser obedecidos por los hombres con la totalidad de su ser. Este es el lenguaje con que habló el Señor.

Los Mandamientos estarán vigentes en toda la humanidad hasta el fin del mundo. Ni la Iglesia, ni el Papa, ni las evoluciones históricas, ni los cambios culturales podrán suprimir los Mandamientos.

Tercer hecho: la venida de Jesucristo al mundo y la predicación del Evangelio; la Buena Nueva que nos trajo.

Jesucristo no abrogó el Decálogo; lo confirmó pero infundiéndole el soplo de una nueva vida.

Su Mensaje, cuya última palabra fue su muerte y su resurrección, consistió esencialmente en descubrirnos esta extraordinaria realidad: Dios es nuestro Padre, nosotros somos sus hijos. Entre el Padre Celestial y nosotros sus hijos rige una Ley suprema: la ley del amor. Por eso afirmó Jesús que toda la Ley de Dios está contenida en dos mandamientos. “Amarás a Dios y amarás a los hombres por a mor a Dios”.

Desde la hora del bautismo integramos la familia de Dios. Desde esta inefable realidad, nuestra vida moral —la Moral de los hijos de Dios—, debe consistir en “vivir el modo de Dios”. Esta fórmula de oro de Santo Tomás de Aquino es la más perfecta definición de la Moral cristiana.

II- ¿Vivimos así?

¿Cabe preguntarnos si el mundo y los hombres de hoy, si nosotros mismos vivimos lealmente según los diez Mandamientos y si vivimos, como la vivió Jesús, la Moral de los hijos de Dios? Lamentablemente no. Hechos bien visibles, controlables, nos hablan de todo lo contrario y nos descubren que la inmoralidad se arraiga y crece.

Basta un rápido análisis de tres vicios cuyo poder corruptor es más fuerte, más visible y menos resistido: lujuria, injusticia, orgullo; vicios que el Evangelista San Juan en la primera de sus Cartas llamaba realísticamente concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida.

En este análisis no pretendemos enumerar todas las miserias de este mundo pecador. Intentamos sí señalar aquellos aspectos más visibles de la Inmoralidad, o aspectos de la Moral cristiana que una moral convencional juzga superados o los margina como algo sin importancia.

1º- Lujuria: concupiscencia de la carne. Consiste en el goce Indebido de los deleites sensuales, como la ebriedad o la gula, y en el goce indebido de los deleites sexuales.

El sexo es un nobilísimo poder confiado por Dios al hombre, a quien paternalmente asocia al misterio de la transmisión de la vida. El pudor que envuelve, y debe envolver el sexo, es una extensión de la penumbra con que está envuelto todo lo sagrado.

Sin embargo, la profanación del sexo supera hoy el paganismo de ayer. Llega a degradaciones que no conocieron ni Grecia ni Roma. Adolescentes y niños crecen con una mentalidad precoz-mente infeccionada.

El noviazgo se prostituye con relaciones prematrimoniales. Están a la orden del día el adulterio, la infidelidad conyugal, la burla a las leyes sagradas de la vida. Las perversiones sexuales aumentan.

Es cierto que estos vicios, de una forma u otra, existieron siempre; pero hoy se exhiben en la vida moderna "como lo más normal", legitimados por una aceptación que a nadie asombra.

Qué tremendo y gravísimo pecado cometen las Naciones ricas, que dueñas del oro nos envenenan refinadamente con programas de TV, cine, radio, literatura, revistas, modas, costumbres. ¡Se nos está corrompiendo imponiéndosenos una civilización erótica! Pero luego, ¡qué cadena de cómplices! Capitales, productores, empresarios, publicidad. Público que paga y aplaude para que se corrompan sus mujeres, sus hijos y su Patria. Y lo que entristece más aún es que muchos de estos cómplices llámanse cristianos.

Añádase a esto que nosotros Sacerdotes en nuestra predicación habitual, por una conspiración de silencio, estamos marginando la realidad del pecado y la realidad del pecado de lujuria.

2º- La injusticia y la concupiscencia de los ojos o codicia de los bienes temporales. En la mayor parte de los hombres subsiste el deseo de poseer más, y no el deseo de ser más y de ser mejor. Quien más tiene más quiere. Y el hambre de dinero, se vuelve insaciable y conduce a toda clase de injusticias.

No es mi intención juzgar la realidad de pecado dentro de un orden social injusto. Muchas veces los Obispos hemos abordado este tema y agradecemos a Dios que la preocupación por los problemas sociales de nuestro Pueblo se vaya haciendo cada día más honda. Falta mucho aún para que el espíritu evangélico de justicia y de amor anime el texto y el contexto del campo socioeconómico. Pero la semilla ha nacido; ayudémosla a crecer y a dar sus frutos.

Pero es necesario advertir que el pecado de injusticia no se agota en el campo socioeconómico. Sobrepasa este campo en mucho, porque allí donde hay un derecho y un derecho al bien, puede darse una injusticia.

La vida humana es el mayor bien natural del hombre. Por eso la mayor injusticia contra el hombre es atentar contra su vida.

De tres modos se atenta hoy contra el don de la vida humana: a) el aborto, b) la violencia y el llamado derecho de matar, c) las drogas y con ellas el alcohol.

a) El aborto: hijos que no nacen porque sus padres han resuelto matarlos antes de nacer. Entre sus cómplices se encuentran médicos, obstétricas y esa terrible presión del ambiente que infunde, a la madre sobre todo, el miedo a un nuevo hijo.

b) La violencia y el llamado derecho a matar. Es un camino que tienta especialmente a los jóvenes, con la esperanza de superar males sociales, de suprimir sistemas o de imponer soluciones.

El fin no justifica los medios. Pero además, la vida es sagrada y sólo pertenece a Dios. Ni a individuos ni a grupos les es lícito atentar contra la vida del prójimo por propia decisión, ni aún con la esperanza de mayores bienes.

Los secuestros, los asaltos a mano armada son crímenes. Y este crimen es mayor cuando el precio son vidas inocentes o de servidores del orden público.

Ojalá aquellos a quienes tienta este camino no olviden que las manchas de sangre, injustamente vertida, jamás se borran. Y ojalá recuerden también la sentencia del Señor: “El que a hierro mata a hierro muere”.

c) Las drogas y el alcohol. Las drogas son la pesadilla de Occidente, abocado a un proceso de autodestrucción. La brecha está abierta también en nuestra Patria. El control es insuficiente, y el contrabando de drogas cuenta con una red de cómplices ocultos que trafican con el futuro de la Nación.

El alcohol es otra pesadilla nacional. Es un lento suicidio. Para algunos el alcohol es un refugio en momentos depresivos o una fuga ante la responsabilidad o el deber. Para otros es un pasa tiempo que rápidamente envicia. En todos los bebedores el alcohol es una lacra vergonzosa: se degradan a sí mismos, debilitan la voluntad, envenenan la sangre, y sus estigmas deberán ser soportados por los hijos y los nietos. Normalmente el bebedor acaba en la miseria.

Los bienes morales y espirituales son más valiosos que los bienes temporales, y en muchos casos superiores al mismo bien de la vida temporal. Se dan injusticias también contra esos bienes. Quiero señalar expresamente tres especies de injusticia de las que se habla demasiado poco: la calumnia, la complicidad y el escándalo.

Calumniar es grave, y más grave cuanto de mayor autoridad está investido el calumniado. No es raro que hombres; por otra parte afanosos por la justicia social,

tranquilamente calumnien de palabras o por escrito, anónimo o firmado, o siembren dudas por frágiles apariencias. Quien calumnia debe retractarse y devolver la fama, como el ladrón con lo que ha robado.

La complicidad es la colaboración que de un modo u otro el mal presta al mal. El mismo silencio, como "el dejar hacer" puede ser pecado de complicidad.

El escándalo es el mal que promueve el mal. El pecado de escándalo más frecuente es el mal ejemplo. Y si el mal ejemplo viene desde arriba el escándalo es mayor. Hay escándalos provocados por la sed de dinero, por las pasiones sexuales, por la misma vida familiar. La apostasía de un Sacerdote desgraciadamente es escándalo también.

Contra el escándalo pronunció el Señor las frases más duras de todo el Evangelio, porque el escándalo provoca la muerte espiritual.

3º- El orgullo o la soberbia de la vida. El orgullo es la actitud del hombre autodivinizado; la de aquel que de algún modo se juzga superhombre.

La más grave manifestación del orgullo consiste en la negación de Dios, en el rechazo o en el desprecio de Dios.

Rechazado Dios es lógico el rechazo de la Iglesia como Institución divina. Pero el orgullo tiene una forma atenuada de rechazar la Iglesia; forma en la que caen a veces algunos sacerdotes. Consiste en cuestionar las normas y las leyes de la Iglesia, y en acusar despreciativamente las tan mal traídas estructuras.

El orgullo o la soberbia de la vida lleva siempre consigo el desprecio de los otros. Se caracteriza por el desdén, la dureza, la arrogancia, la seguridad en sí mismo, la autosuficiencia. El orgullo se vuelve más grave —hasta desastroso— cuando el hombre de orgullo dispone de poder. Choca enseguida contra los derechos ajenos, derechos que de un modo u otro pisotea.

El Poder, "el mando" es seductor. Abre muchas puertas, facilita muchos medios tanto para el bien como para el mal. Quien ejerce el Poder se ve asediado de tentaciones no siempre resistidas: dinero, negociados, dádivas, compromisos con amigos, a veces compañeros de pecado.

Y sin embargo, la autoridad y el poder en última instancia vienen de Dios; pero vienen de Dios para ponerse al servicio de los hombres. Por eso, mandar es servir.

También es cierto que hay interés en abatir la autoridad, aún dentro de la Iglesia. El desprestigio infamante y la calumnia son manejados sutilmente desde rincones misteriosos. Pero también es cierto que todo hombre público —Iglesia, Estado, Justicia, Fuerzas Armadas— tiene en sus manos intereses de muy alto valor y por lo mismo debe poseer una conciencia incorruptible y ofrecer a todos el ejemplo de rectitud y limpidez de vida a toda prueba.

III- ¿Qué hacer?

La primera reacción puede ser ésta: ¿qué podemos hacer si el mal es superior a nuestras fuerzas? No fue esta la reacción de los Apóstoles, de San Pablo en especial, al enfrentarse con el paganismo.

La actitud primera, la actitud de fondo debe ser nuestra propia conversión, conversión plena, conversión según el Evangelio. Esta conversión exige la lucha personal contra el pecado y la firme voluntad de cumplir los deberes todos, con alma grande.

Conviene recordar en qué consiste esencialmente el hecho cristiano, hecho y misterio por el cual fuimos incorporados a Cristo y continuamos en El. Comenzó en el bautismo. El bautismo fue un morir y un nacer; muerte al pecado y nacimiento en Cristo. Hemos arrojado la vieja levadura y Dios depositó en nosotros el fermento nuevo. Por eso "no debe reinar más el pecado en nuestro cuerpo mortal, porque somos un hombre nuevo en Cristo y Cristo es nuestra vida" (San Pablo).

Y si ahora desde aquí volvemos a preguntarnos en qué consiste la Moral cristiana, podemos responder que la Moral cristiana más que en normas y en leyes, consiste en vivir a Cristo. Mejor aún: nuestra Moral es Él.

En segundo lugar, o la segunda actitud consiste en restaurar el concepto de pecado. Hemos marginado la realidad pecado como si el pecado fuera una obsesión morbosa. A pesar de todo el pecado existe y es una tremenda realidad.

No deja de sorprender que el teólogo del pecado sea el Evangelista San Juan, el discípulo amado del Señor. Él es el teólogo de la luz, de la verdad, de la vida, del amor. Y es también el teólogo de la antítesis: el pecado. Para San Juan el pecado es el antidios, el rival de Dios, el enemigo de Jesucristo, que atraviesa toda la historia como fuerza antidivina y disputando la posesión del hombre y del mundo. Es suya la expresión que quien peca se convierte en anticristo. Y añade dolorosamente: "Estos anticristos ahora son muchos".

San Juan no sólo no ignora, sino que afirma con vigor la acción secreta y permanente del demonio, y lo descubre como protagonista principal en el misterio de la pasión y muerte de Jesucristo.

El gran Pontífice Pio XII pudo afirmar que la característica del mundo moderno "es la inconciencia del pecado". Por los labios del Papa habla Jesucristo. Su advertencia hay que tomarla en serio. Este mundo que culpablemente no tiene conciencia del pecado es nuestro mundo. Si lo queremos redimir y reconducir a Dios es gracia, debemos hacerle pensar muy hondo en la realidad del pecado.

Vivir en cristiano no es fácil. Las exigencias del Evangelio son muchas y a veces drásticas. Y más de una vez se le exige al seguidor de Cristo una actitud heroica. Las almas heroicas, las almas santas comunican al mundo y a los hombres el secreto poder de la Gracia, y transforman aún con la sola presencia un ambiente corrompido.

Se pide con frecuencia la acción represiva del Estado contra las manifestaciones externas de inmoralidad. La represión que el Estado ejerza, es legítima, es lícita y es necesaria. Proteger la salud moral de un Pueblo es deber primordial de cualquier Estado. Esta salud moral es un bien superior al petróleo o al ingreso de divisas. Pero el Estado y sus Organismos de control fracasan casi siempre. Individuos claves no pocas veces sabotean por dentro y no siempre hay por fuera un verdadero interés en salvar la salud moral de la Nación.

Pero la represión del Estado, pese a su buena voluntad es insuficiente. El Estado trabaja desde fuera del hombre. La Iglesia desde dentro del hombre. Por esto mismo en los procesos de recuperación moral nadie está más comprometido que la Iglesia.

Ella además conoce el verdadero valor de los actos humanos y puede decir qué actos están acordes o desacordes con la Ley de Dios.

Ella posee por gracia divina el corazón y el espíritu del hombre. Ella es la única que puede hacer un hombre nuevo y hacer revivir este mundo, herido de muerte por la corrupción del pecado, con la virtud vivificante de la resurrección de Jesucristo.

La responsabilidad de la Iglesia es nuestra responsabilidad de Pastores y de fieles. Los hombres, aún los no católicos, nos interpelan y con derecho esperan de nosotros actos concretos para restaurar la Moral cristiana. De otro modo nos haríamos cómplices con el mal. La descristianización ha producido esta creciente inmoralidad. La recristianización debe ser nuestra apasionada tarea. Oración y acción en lugar de lamentos.

Hermanos Sacerdotes y queridos hijos:

Mediante el Espíritu Santo —Espíritu que renueva la tierra creando y haciendo hombres nuevos— vosotros y yo poseemos un soplo de esa virtud. En nombre de Dios asumamos nuestro deber. Confiamos en vosotros.

Pero al finalizar volvemos suplicantes nuestros ojos a María Santísima. Ella no conoció la corrupción. Pero sabe en qué consiste y qué males acarrea a los hombres, a la Iglesia y al mundo. Ella aplasta con su pie el vencido poder del mal. Por Ella volveremos a respirar los aires renovados de la pureza, de la justicia y de la santidad.

Paraná, marzo 11 de 1972.

Adolfo Tórtolo, Arzobispo de Paraná